

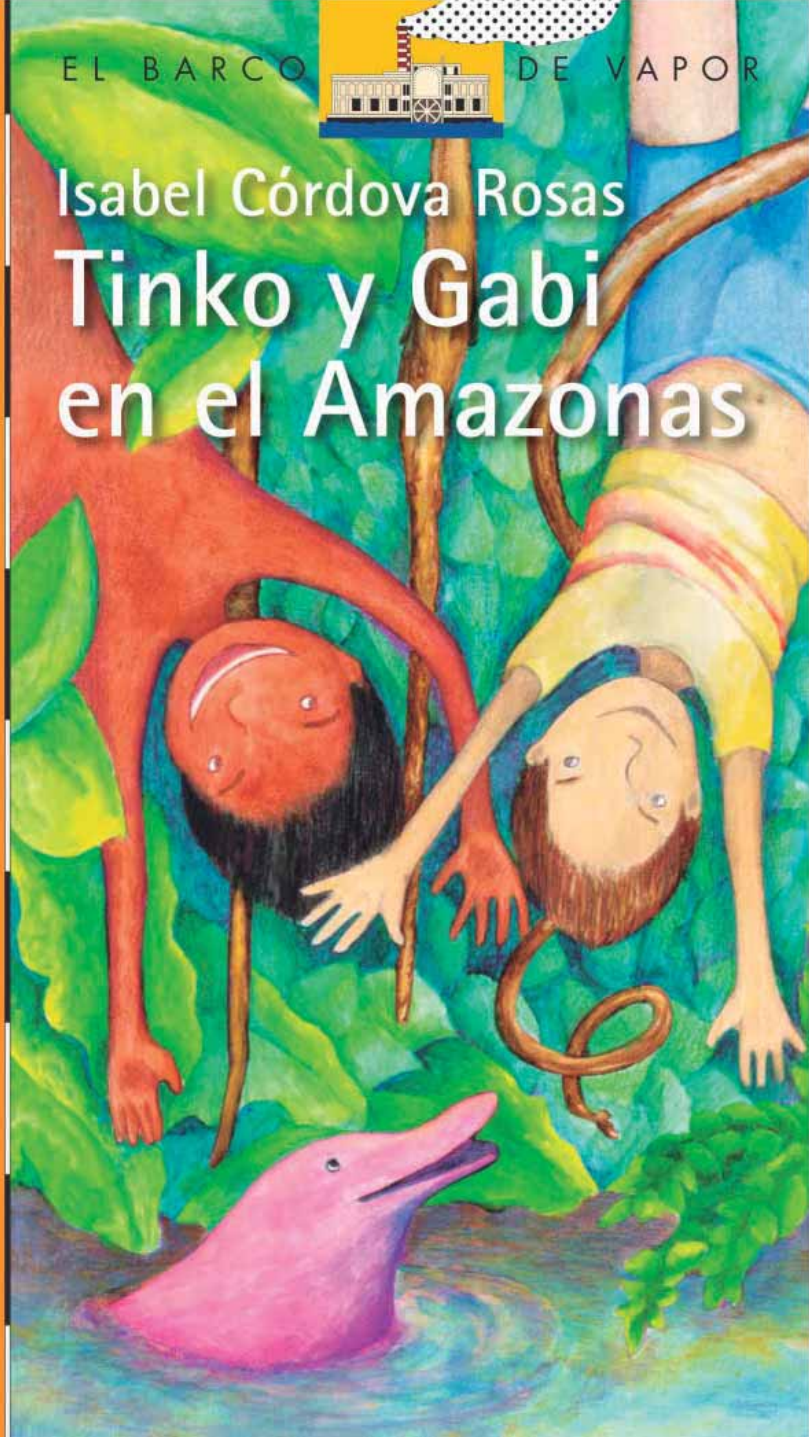
EL BARCO



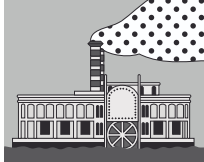
DE VAPOR

Isabel Córdova Rosas

Tinko y Gabi en el Amazonas



EL BARCO



DE VAPOR

Tinko y Gabi en el Amazonas

Isabel Córdova Rosas



Tinko y Gabi en el Amazonas

Primera edición: setiembre de 2008

Octava reimpresión: noviembre de 2018

Ilustraciones: Alice Poirier

Diagramación: Rocel Rodríguez

Coordinación editorial: Carlos Maza

© del texto: Isabel Córdova Rosas, 1995, 2008

© Ediciones SM, 1995 (España)

© de esta edición: Ediciones SM S.A.C., 2008

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (511) 614-8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.

Jr. Recuay 255, Urb. Chacra Colorada,

Breña, Lima, Perú

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-603-4027-20-6

Registro de Proyecto Editorial: 31501311801037

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2018-15827

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*Para los niños peruanos y españoles y, en ellos,
para todos los niños del mundo.*

*“Un hombre y una mujer, cuando niños y niñas,
deben inclinarse ante los libros para que,
cuando adultos, no se arrodillen ante los hombres.”*

1

Los delfines rosados

¡P or fin llegó el día tan esperado: Gabi y sus padres viajarían al Amazonas, en el corazón de la selva!

Jorge y Cristina habían recibido la orden de un importante laboratorio farmacéutico de viajar a la Amazonía para realizar investigaciones sobre una planta maravillosa que podía curar enfermedades, pero que se extinguía misteriosamente. Y decidieron llevar al niño.

Desde aquel momento, Gabi se sintió cada vez más ilusionado. Primero le pareció que los días no pasaban y, luego, cuando empezaron los preparativos del viaje, tuvo la sensación de que las horas corrían a toda velocidad.

Limpió y ordenó todas sus cosas. Las guardó con sumo cuidado. Lleno de felicidad, se despidió de sus amigos y de su maestra, Trini. Pero cuando le tocó decir adiós a sus abuelos sintió una gran pena, sobre todo al darles el último abrazo en el aeropuerto.

El avión despegó a medianoche y, poco después, la familia dormía plácidamente, mientras la nave, con 250 pasajeros a bordo, cruzaba el océano. El vuelo directo de Madrid a Lima duró casi doce horas. Llegaron al Perú a media mañana y, una hora después, abordaron un avión más pequeño rumbo a la Amazonía.

Desde la ventana del avión, a medida que avanzaban, Gabi contempló alucinado, primero el desierto, luego unas grandes cadenas de montañas con sus cumbres nevadas. Después, el bosque por donde se deslizaba un inmenso río, como una serpiente dorada por el sol del atardecer, en medio del verde interminable de la selva.

Sintió que su corazón palpitaba muy deprisa. Todo era nuevo, emocionante y lleno de vida. De pronto, por el megáfono se oyó la voz suave de una aeromoza:

—¡Señores pasajeros: vamos a aterrizar dentro de unos minutos! ¡Por favor, ajústense los cinturones! Esperamos que hayan disfrutado del viaje y les deseamos una feliz estancia. Muchas gracias.

A la salida del aeropuerto les esperaba un carro y un hombre de mediana estatura con un cartel en la mano que decía: "Señores Cristina, Jorge y Gabi, de España."

Los padres de Gabi intercambiaron saludos con el desconocido, que se mostró muy cortés. Les indicó que, si querían, podían subirse al carro y partir de inmediato hacia la casa que habían alquilado por teléfono, previamente, desde Madrid.

El viento era tibio, la carretera estrecha y en mal estado, pero por todos lados parecía que la selva se adentraba en el carro. Se podía respirar el verde, la miel de flores exóticas, los frutos a punto de cuajarse, la naturaleza...

Cuando empezaba a caer la tarde el carro se detuvo frente a una casa pequeña de madera, rodeada de muchísimos árboles de todos los tamaños y colores, con frutos variados que brillaban colgados como bombillas en los árboles de navidad, algunos casi a la altura de las manos de Gabi.

Jorge y Cristina estaban agotadísimos; además, habían salido de Madrid con frío y aquí el calor era sofocante, pero el niño corría de un lugar a otro, impresionado por cuanto veía.

—¡Gabi! ¿No estás cansado, después de un viaje tan largo? —le dijo su madre, algo contrariada, al ver que el niño no cesaba de retozar.

—Un poco... Pero es tan bonito.

—Descansa, hijo, tendrás mucho tiempo para verlo todo —le insistió su padre, y el niño le hizo caso. Se dejó caer en una silla de mimbre y miró por la ventana.

A unos veinte metros se deslizaba el río Amazonas, inmenso, entre dos murallas de árboles. Cerca de la orilla, unas canoas iban y venían, manejadas por los pobladores indígenas; había jóvenes, mujeres y niños. La risa de sus ocupantes y el bullicio de las aves transmitían una inmensa tranquilidad y alegría a los recién llegados.

La pequeña vivienda tenía suficientes comodidades para sus nuevos huéspedes. Ya sabían que aquello no era un hotel de cinco estrellas, sino una modesta casa junto a un pequeño poblado con todo lo indispensable para

la supervivencia. El viaje había sido agotador. Cristina y Jorge, ayudados por Gabi, acomodaron sus cosas. Después comieron unos bocadillos, hicieron planes para el día siguiente y se fueron a dormir.



El canto de las aves y unos golpes en la puerta apenas perceptibles los despertaron. Cristina salió y se encontró con un niño indígena casi de la edad de Gabi.

—¡Buenos días, señora! —saludó el muchacho con una sonrisa que mostraba sus dientes muy blancos.

—¡Buenos días! —respondió Cristina muy amable, se pasó la mano por el pelo para acomodarlo un poco y, recuperándose del sueño interrumpido por el pequeño visitante, le preguntó—: ¿Quién eres?

—Me llamo Tinko, soy de la comunidad ashaninka y he venido a ofrecerle mis servicios. Puedo ayudarle a limpiar su casa, hacer encargos y, a cambio, usted me da una propina cada día.

Cristina iba a decirle que no requería de sus servicios porque la casa era pequeña y se bastarían Jorge, Gabi y ella para arreglárselas, pero con la sonrisa espontánea y la gracia con que el niño ofrecía su ayuda, cambió de idea. Pensó que, antes de aceptar, debía de tratar lo económico con el astuto chiquillo y le preguntó:

—¿Cuánto quieres de propina cada día?

—Su voluntad, señora —le respondió, obsequiándola con otra sonrisa.

—¿Mi voluntad? —Cristina no acababa de entender, pero luego lo comprendió y le dijo—: ¿Y si mi voluntad es así de pequeña? —levantó la mano ajustando el índice y el pulgar.

—Los ojos de la señora me dicen que su voluntad es así de grande —el niño abrió el pulgar y el índice a una distancia prudente, pensando que si el espacio entre sus dedos era demasiado grande, la buena señora no aceptaría.

Cristina sonrió de buena gana y, cogiéndole del hombro, le dijo:

—¿Cuándo quieres comenzar?

—Si la señora lo desea, hoy mismo —respondió el niño.

—Está bien, entremos, te voy a presentar a mi familia.

Jorge y su hijo ya estaban despiertos. Gabi, al ver al niño, corrió a su lado. Nunca había visto a un niño ashaninka.

Tinko era un chico casi de la estatura de Gabi, con el pelo negro y liso que le llegaba a los hombros y con un cerquillo que le cubría la frente. Iba vestido con una túnica de algodón, de color marrón, que le llegaba a las rodillas, calzaba unas sandalias de cuero y llevaba un morral que colgaba de unas tiras desde el hombro hasta la cintura.

—Él es Jorge, mi marido, y este es mi hijo —dijo Cristina, señalando a Gabi.

—Hola, yo soy Tinko —le respondió.

—Y yo me llamo Gabi —se presentó el pequeño y, con mucha curiosidad, le preguntó—: ¿Hablas nuestro idioma?

—Sí, en mi comunidad todos hablamos el español y también el ashaninka —y con su peculiar sonrisa, prosiguió—: En la escuela mi maestra dice que somos bilingües porque hablamos dos idiomas —y, acomodando su morral, él también preguntó—: ¿Hablas tú mi lengua?

—No, pero me gustaría aprenderla —le respondió Gabi.



Todos los días, Tinko acudía puntual a su trabajo; se había hecho apreciar por los padres de Gabi. Era un niño muy responsable. Limpiaba la casa y regaba las plantas del salón. De vez en cuando ayudaba a Cristina a lavar los platos. Gabi le echaba una mano para que se desocupara pronto y de esa manera pudieran irse a jugar.

Un día, después de terminar su trabajo, se acercó a Jorge y le preguntó:

—¿Señor, puede Gabi venir a mi aldea? Quiero que lo conozcan mis padres y mis hermanos.

Jorge consultó a Cristina. Ellos estaban enterados de que la aldea de Tinko estaba al otro lado del río. Un escalofrío de temor cruzó por el cuerpo de Cristina; sintió miedo de que a los niños les pudiera pasar algo al atravesar el gran río. Pero Jorge le recordó que todos los días, tarde y mañana, el niño de la selva vadeaba el río para venir a su “trabajo” y nunca le había ocurrido nada. Cristina aceptó, con la condición de que regresaran pronto.

—Está bien, pero tengan cuidado y no tarden —les dijo Cristina.

Corrieron hasta la orilla y tiraron al río la pequeña canoa que descansaba en tierra al pie del tronco de un inmenso árbol. Se montaron en ella de un salto y Tinko le ofreció a Gabi uno de los remos. Éste cogió en el acto la pala y se puso a bogar, imitando a su amigo. Gabi miró deslumbrado la orilla lejana y exclamó:

—¡Este río parece el mar!

—Sí, es muy grande; mi maestra dice que es el más ancho del mundo y hay partes en las que mide hasta treinta kilómetros.

Cogió un poco de agua de la corriente, la salpicó en el rostro de Gabi y agregó:

—No te preocupes, en este lugar no es tan ancho.

—No me preocupo, estaba pensando que si les contara a mis amigos cómo es este río, seguro que no me creerían.

—¿No hay ríos en España? —le preguntó con curiosidad Tinko.

—Claro que los hay, y muchos, pero no son tan anchos, *chaval*.

Apenas terminó de hablar, de improviso, un animal enorme, de color rosado, rompió





Isabel Córdova Rosas nació en Huancayo. Estudió Literatura y Antropología en la Universidad del Centro. Ha ejercido la docencia en secundaria y en la Universidad, y ha sido directora de Cultura del Departamento de Junín.

En España, donde radica actualmente, ha realizado estudios de doctorado en Filología Hispánica, Historia de América y Antropología Social en la Universidad Complutense de Madrid y ha sido directora de la revista literaria *Correo de América*.

De sus numerosas publicaciones, algunas se han traducido a diversos idiomas. En la actualidad se dedica exclusivamente a escribir libros para niños y jóvenes.



1P 

Isabel Córdova Rosas

Tinko y Gabi en el Amazonas


OTRAS OBRAS DE LA AUTORA:

- Ada nunca tiene miedo
- Las pesadillas de Ada
 - Piruli
 - Piruli en el zoo
 - Piruli va al cole
 - El lobo Florindo
- Colón, el grumete valiente
 - Mozart, el niño genio
(en colaboración
con Carlos Villanes Cairo)

ISBN: 978-603-4027-20-6



9 786034 027206

 Hecho en el Perú

121354

Tinko, un chico ashaninka, y Gabi, hijo de una pareja de científicos que realizan investigaciones en la Amazonía, están preocupados porque unos desconocidos amenazan con talar los árboles de la selva donde habita la comunidad ashaninka. Los dos amigos quieren proteger a la naturaleza y luchan hasta las últimas consecuencias, aún a costa de poner sus propias vidas en peligro.

Con una prosa sencilla –y muy entretenida–, esta novela plantea algunos de los temas más importantes en el Perú de nuestros días: la necesidad de proteger y conservar la biodiversidad de las selvas amazónicas; la riqueza que representa la pluralidad étnica y cultural del Perú, y la enorme capacidad creativa y solidaria de los niños y las niñas.

A partir de 9 años